

¿Qué gana Chile con Michelle Bachelet como presidenta de la ONU?

Chile, ese país largo y angosto que a veces parece mirarse demasiado el ombligo, de pronto levanta la vista cuando uno de los suyos cruza las fronteras y se instala en el escenario mundial. La eventual presencia de Michelle Bachelet al frente de la ONU no es solo una noticia internacional: es, en cierto modo, un espejo donde Chile se observa y se pregunta quién es y qué lugar quiere ocupar en el mundo.

¿Qué gana Chile con aquello? A primera vista, prestigio. Y no es menor. En tiempos donde la política local se percibe enredada en disputas pequeñas y otras no tantas, que una figura chilena alcance un cargo de tal envergadura funciona como un recordatorio de que desde este rincón del planeta también se pueden proyectar liderazgos globales. Es una suerte de validación externa que, aunque no resuelve los problemas internos, sí alimenta un cierto orgullo nacional.

Pero no se trata solo de imagen. También hay un capital simbólico más profundo. Bachelet representa una trayectoria marcada por la defensa de los derechos humanos, por una mirada social de la política y por una capacidad de diálogo que escasea en escenarios polarizados. Si ese sello se instala en la ONU, Chile queda, de alguna manera, asociado a esos valores. No es poca cosa en un mundo donde la reputación de los países se construye tanto por lo que hacen como por quienes los representan.

Ahora bien, conviene no exagerar. Chile no gana poder directo, ni decisiones favorables automáticas, ni ventajas económicas inmediatas. Pensar eso sería caer en una ilusión ingenua. La ONU no funciona como una extensión de los intereses nacionales de quien la lidera, y Bachelet, de llegar a ese cargo, no sería “la presidenta de Chile en el mundo”, sino una figura obligada a actuar con mirada global.



Por Jorge Beltrán Navarrete
Profesor de Historia y escritor

Lo interesante, entonces, está en otro plano: el de la influencia indirecta. La presencia de una chilena en ese nivel abre puertas, facilita conversación, genera redes. No es una llave mágica, pero sí una oportunidad. Dependerá de la capacidad del propio Chile —de su diplomacia, de su clase política— saber aprovechar ese escenario.

Quizás la pregunta de fondo no es qué gana Chile con Bachelet en la ONU, sino qué hace Chile con esa posibilidad. Porque los liderazgos individuales pueden abrir caminos, pero son los países los que deciden si los recorren o los dejan perderse en el horizonte.

Y en ese contexto, como tantas veces, el desafío no está afuera, sino dentro.

Cabe preguntarse entonces ¿Por qué el presidente José Antonio Kast no quiso apoyar su candidatura?